

Cuadernos del Sur

Número 10 ■ Noviembre de 1989

Tierra  fuego
del

1984-1989, REESTRUCTURACION DEL CAPITAL Y REORGANIZACION DE LOS TRABAJADORES

Eduardo Lucita

Los años recientes, los que van desde la restauración de las formas democráticas de gobierno en los finales de 1983 hasta nuestros días, han sido testigos de intensas discusiones y de ricos debates acerca de la presencia del movimiento obrero en la sociedad. La pérdida de peso absoluto y relativo en el conjunto del tejido social; sus relaciones con otras clases o fracciones de clases; las modificaciones en su composición interna; su relación con otros sujetos sociales que disputan un espacio en la escena política nacional, son algunos de los problemas abordados.

En última instancia, explícitamente o no, lo que se debatía, en rigor aún se debate, es la capacidad actual de los trabajadores para impulsar transformaciones profundas en nuestra sociedad.

Dos concepciones extremas subyacen en estos debates, ambas sustentadas en lecturas particularizadas y diferenciadas del período 1976-1983. Y ambas también tienen como telón de fondo el debate internacional acerca del porvenir del trabajo humano y los límites del capital

La primera niega la existencia de una derrota de la clase en 1976 y se apoya en una lectura que privilegia la resistencia obrera a los planes de la dictadura militar, que sería así el artífice del fracaso y posterior derrota del “proceso”. Hay aquí una suerte de reificación, una idealización de una clase siempre igual a sí misma, cuya mayor prueba de continuidad sería la resistencia a los planes de modernización en los años que nos ocupan.

La segunda por el contrario asienta su argumentación en la extensión y

profundidad de la derrota del movimiento social a manos de la dictadura, y en el grado de desorganización y desarticulación con que éste ingresó en la nueva etapa democrática. Situación que se habría proyectado en todos estos años. Esta lectura cristaliza la derrota, prolonga sus efectos casi indefinidamente y en definitiva no alcanza a valorar en su justa dimensión los hechos y acontecimientos protagonizados por los trabajadores en todos estos años.

Más allá del debate de estas posiciones, cuya importancia relativa no desdenamos, nos parece que cualquier intento de hacer un balance de estos años no puede dejar de tener como términos de referencia, al menos dos aspectos. Primero, que por primera vez en la historia de los golpes militares en el país, un gobierno dictatorial no se retira expulsado por una alianza objetiva del movimiento obrero con una fracción de la burguesía. Esta constatación sintetiza buena parte de los elementos en discusión. Segundo, que la crisis del sistema a escala mundial y local tiene como resultado la reestructuración del Capital, el que está reconvirtiendo sus espacios industriales y productivos al mismo tiempo que despliega una fuerte ofensiva sobre el Trabajo.

En este artículo nos interesa afirmar una visión del movimiento de los trabajadores manuales e intelectuales de nuestro país, en una doble perspectiva. Por un lado, partir de la relación Capital/Trabajo y el impacto que su modificación va produciendo en la clase. Por el otro, puntualizar algunos aspectos de la dinámica interna del movimiento, en el desarrollo de sus organismos de base, porque desde allí se proyectan las condiciones específicas y los determinantes para la generalización del conflicto social.

Integrar estas dos cuestiones, la relación Capital/Trabajo, y la dinámica social que de ella emerge, nos lleva a centrar el análisis donde las contradicciones —aquéllas del carácter privado de la apropiación, y el social de la producción— son más cristalinas porque no aparecen mediatizadas por los aparatos ideológicos del Estado y los mecanismos de control de las estructuras sindicales. Es ubicarse allí en las fábricas, en las oficinas, en los establecimientos, en los talleres y comercios, donde venden su fuerza de trabajo manual e intelectual los hombres y mujeres que día a día son sometidos a la explotación del capital.

En lo que sigue se tratará de precisar los principales aspectos de la ofensiva del capital y el Estado en el marco de la *reestructuración capitalista* para luego ver los términos de la *reorganización de los trabajadores*.

LA REESTRUCTURACION DEL CAPITAL

Enfocar la reestructuración capitalista desde las relaciones Capital/Trabajo* requiere partir de la interrelación con la crisis mundial, no como una simple formalidad sino porque surge de la percepción de que en esta época de profunda y agresiva internacionalización del capital y de los procesos de trabajo los problemas que afectan a los trabajadores argentinos no son sólo producto de las contradicciones de nuestra sociedad. Indudablemente éstas juegan un papel central, pero es necesario integrar el análisis en el marco de un sistema mundial que se está reestructurando y esta reestructuración en Argentina adquiere formas propias y rasgos específicos pero responde, o no puede escapar, a las tendencias del mercado mundial.

Esto hace que sin tener una concepción de la crisis no es posible comprender cabalmente los cambios ocurridos y los que aún están en curso.

Entendemos la crisis como momento de interrupción del proceso de acumulación, como instancia propia del ciclo de producción en la que prevalecen la depresión y el estancamiento que conllevan la inutilización y destrucción de medios de producción, incluida la fuerza de trabajo. Sin embargo, enfocada desde las relaciones sociales de producción la crisis no resultaba sólo esto. El agotamiento del modelo taylorista-fordista en el mundo se expresó también con particularidades en nuestro país bajo la forma de una crisis en la relación de dominación y en el agotamiento de una forma específica de gestionar la fuerza de trabajo. “Una situación donde todo era posible y donde el Capital tenía que reestablecer su derecho de mando”.¹

La política de la burguesía, como clase, expresa también un proyecto político-social que va más allá de la desvalorización del precio de la fuerza de trabajo y de la recomposición de la tasa de ganancia. Es el “uso capitalista de la crisis”. Esto es, el aprovechamiento de la depresión y el estancamiento, con su correlato de debilidad relativa al interior de las filas del movimiento obrero, para cristalizar una nueva relación de fuerzas en términos duraderos.

Al compás de la crisis, y como resultado de ella misma, el Capital está reconvirtiendo sus espacios industriales y productivos al mismo tiempo que despliega una fuerte ofensiva sobre el Trabajo.

Esta ofensiva es generalizada y sostenida. Sostenida en el tiempo porque se desarrolla sin solución de continuidad desde 1976 en adelante, y es ge-

*He presentado una ponencia con este enfoque en el Seminario de Economistas de Izquierda Unida, con el título de 'Clase Obrera y Flexibilidad Laboral', Bs. As. - Marzo 1989

neralizada porque se despliega desde distintos ángulos sobre el conjunto de las conquistas obreras con que los trabajadores fueron construyendo una estructura homogénea y un tejido de solidaridad en la defensa de sus condiciones de vida y de la reproducción de su fuerza de trabajo.

Esta combinación de reestructuración del Capital y ofensiva sobre el Trabajo tiene un fuerte impacto en un país capitalista dependiente, con fuertes rasgos oligopólicos y con un desarrollo insuficiente y “deformado” de sus fuerzas productivas, que como la Argentina está redefiniendo su inserción en el mercado mundial y siendo a su vez objeto de los cambios que se producen en los países capitalistas centrales.

En este contexto deben ubicarse las modificaciones operadas en la última década como producto de la reestructuración en curso y que han impactado en la estructura social, en las relaciones entre las clases y fracciones de clases. La clase obrera, entendida como categoría que abarca a la totalidad de los asalariados, no estuvo al margen de esta reestructuración, ha cambiado su relación con el conjunto de la sociedad, y se han producido cambios en su interior que modifican su comportamiento como sujeto social colectivo.

La comparación intercensal y los datos disponibles hasta mediados de 1987 muestran una expansión de las relaciones asalariadas en general y una pérdida relativa del peso específico de los obreros industriales, cuyo número, en 1987, se estimaba cercano al millón, siendo de 1.114.000 en 1974 y 995.000 en 1985, en tanto que la población se ha duplicado en los últimos 20 años.² Al mismo tiempo se verifica una reducción en el tamaño medio de los establecimientos, los que ocupaban a más de 1.000 obreros se han reducido a la mitad, 122 en 1974, 64 en 1985, y una fuerte expansión del sector servicios y de las actividades donde no aparece una relación de dependencia formal.³ De todas maneras las cifras aparecen distorsionadas por el formidable crecimiento de la economía informal, estimada en un orden superior al 40% del producto bruto interno, y su secuela de “trabajo negro”.⁴

Por otra parte, se verifica que la caída de los puestos industriales se da en las zonas tradicionales (Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe, etc.) pero hay un crecimiento en provincias sin mayor tradición industrial (La Rioja, Catamarca, San Luis, Tierra del Fuego).

En síntesis hay una expansión de las relaciones asalariadas basada en las actividades terciarias y una reducción relativa de los obreros industriales, acompañado esto último con un movimiento conjunto de descentralización fabril (reducción del tamaño medio de los establecimientos) y descentrali-

zación regional (que como contrapartida lleva implícita una incipiente territorialización del empleo industrial).

Sobre estos cambios en la estructura social y en la distribución espacial del aparato productivo se pueden puntualizar algunos de los aspectos principales que caracterizan la ofensiva del Capital y el Estado sobre el Trabajo.

a) La caída estructural de los salarios:

La política de ingresos diseñada por el Estado, que durante más de tres décadas operó como un mecanismo de transferencia de riqueza articulando precios, tarifas, salarios, impuestos y tipos de cambio, ha sido modificada radicalmente. La liberación progresiva de los mercados, el aumento de los subsidios al capital y la inducción a una baja generalizada del valor de venta de la fuerza de trabajo le dió un sesgo más regresivo y cada vez más complejo.

Hay varios momentos decisivos en la caída estructural de los salarios. En 1975/76 cuando la participación de los trabajadores en el ingreso nacional descendió del 43,5 al 27,2. En 1982 donde luego de un leve repunte volvió a estar por debajo del 30%, y en este año con la hiperinflación desatada en el primer semestre y el Plan Bunge & Born en que se encuentra ubicado por debajo del 20%, no sólo por la caída del salario sino también por el fuerte incremento de la tasa de desocupación.⁵

El quiebre estructural del nivel de la remuneración a los asalariados es así un rasgo principal del proceso de reestructuración capitalista abierto en 1976, en que se rompe la secuencia de acumulación reproductiva que se alimentaba por el ensanchamiento de la masa salarial. La combinación en todos estos años de salarios en permanente baja con fuertes incrementos de la tasa de desocupación culminó en una fuerte expropiación a los trabajadores que entre 1984 y lo que va de 1989 vieron caer su salario real promedio en un 50% (ver gráfico) y que perdieron más de quince puntos en la participación de la riqueza social producida (Cuadro 1).

La lógica del modelo de acumulación necesitó hasta ahora periódicas rebajas del piso de participación asalariada, y los distintos planes de estabilización, como el actualmente en curso, buscan cristalizar esta estructura de distribución profundamente regresiva.

Pero la cuestión salarial no es sólo esto, hay también fuertes cambios en la estructura relativa de los salarios sectoriales que desde hace más de una

década muestran altos coeficientes de dispersión salarial, incluso si se los compara con otros países del mundo desarrollado, por una serie de causas confluentes: diferenciales de productividad por rama industrial; distinta composición orgánica del capital y tamaño de las empresas; el grado de concentración de los mercados de productos y la posibilidad de transferir a los precios los incrementos salariales, etc. A partir de 1984 la dispersión promedio se acentuó creciendo del 36 al 45% ⁶

Pero las explicaciones de esta situación no resultan solo económicas, hay políticas estatales que acentúan o diluyen estos efectos, y en nuestro caso hay que incorporar al análisis la persistencia de un manejo discrecional de la política salarial, tanto por el Estado como por el capital, que al mantener bajos los mínimos de convenio y dejar librado el resto de las escalas a la negociación por empresa, con lo que aparecen los adicionales por productividad, presentismo, refrigerio, premios que no se incorporan al sueldo, pagos en negro, etc., se produce una gran dispersión ya no entre ramas sino al interior de las escalas salariales, pierden así efectividad los convenios colectivos y se diluye el papel del sindicato como negociador colectivo, pues los acuerdos se realizan entre las comisiones internas y las patronales en forma individual.

Este tratamiento diferenciado de la cuestión salarial, que aparece tanto en el sector privado como en el sector público, se ha hecho más notorio a partir del Plan Austral, y seguramente se acentuará con el Plan Bunge & Born ya que éste intenta definir rápidamente las ramas y sectores de la economía que entran en la modernización.

Con este mecanismo el Capital va logrando un objetivo estratégico: Primero ha logrado dividir a los trabajadores en ocupados y desocupados, y luego a los ocupados se los vuelve a dividir con los diferenciales salariales; a esto se le puede adicionar el crecimiento del personal con contrato temporario, o la separación entre trabajadores del sector público y privado. Todo en conjunto opera sobre la fragmentación del mercado de trabajo. Así la quiebra de los Convenios Colectivos en 1976 y el escaso control sobre la estructura salarial acentúan la pérdida de homogeneidad interna y buscan la ruptura de los lazos de solidaridad al interior de la clase.

b) La desocupación permanente:

En todo el mundo capitalista y también en nuestro país, se ha instalado como un dato estructural, como una variable que es funcional a la dinámi-

ca del sistema. Esto es, pareciera ser que el capitalismo argentino ha roto su "anormalidad" de cuatro décadas y es capaz de funcionar, al menos por un determinado tiempo, con un elevado porcentaje de desocupados. Los datos oficiales para abril de 1989 señalan que un 16% de la PEA está desocupada o subocupada con una tasa promedio de crecimiento del 17% anual (Cuadro 3), arrojando a la marginalidad social a miles y miles de jóvenes que año a año no logran establecer relaciones permanentes con el mercado de trabajo. En la actualidad el 22,9% de los desocupados son jóvenes de entre 15 y 19 años ⁷ y según estimaciones deberían crearse más de 250.000 puestos de trabajo al año.*

Los estudios empresarios arrojan un dato de importancia: aún volviendo a los niveles de producción de 1970 no se recuperarían en igual proporción los empleos industriales.⁸

Por otra parte las nuevas tecnologías dejan planteado un interrogante: frente a un determinado nivel de innovación tecnológica, ¿cuál es la tasa de crecimiento del PBI industrial capaz de neutralizar el desempleo de este origen?

c) Racionalización productiva, innovación tecnológica y procesos de trabajo

La reestructuración en curso llevada adelante por el Capital y el Estado, y liderada por los sectores cuyas cúpulas oligopólicas se han fortalecido en las últimas décadas y que controlan segmentos importantes de los mercados en que actúan, se orienta en la búsqueda de una mayor competitividad industrial y agresividad comercial.

Es que como producto de la crisis de rentabilidad y acumulación se ven empujados a valorizar la producción nacional en el mercado mundial (exportar valor agregado industrial) y por lo tanto a producir un incremento importante de la productividad global, particularmente de la productividad del trabajo, que es una de las desventajas comparativas estructurales del capitalismo argentino, en términos de calidad, eficiencia, flexibilidad y disciplina laboral.

En este sentido durante la recesión del período 1981/82, un buen número de empresas medianas y grandes aprovechó para racionalizar sus insta-

* Esta cifra puede ser corregida en base a estimaciones que hablan de 80.000 jubilaciones/año y una mortalidad de 35.000/año, lo que arrojaría la necesidad de crear 135.000 puestos de trabajo netos al año.

laciones, readecuar sus "lay-out" de planta y lograr un proceso de circulación interno de materias primas, bienes intermedios y productos finales que optimizaba todo el proceso de producción, de esta manera, sin mayores inversiones de capital, lograba la misma producción con menor fuerza de trabajo aplicada.

Paralelamente se da un proceso de innovación tecnológica. Lento, parcializado en algunas ramas industriales y dentro de éstas en las empresas líderes más o menos ligadas al mercado mundial. Hay que distinguir aquí la automatización de la máquina-herramienta en general, que en nuestro país está bastante extendida, de aquella que se sustenta en la microelectrónica. En este último sentido no es posible hablar de una innovación masiva. Entre otras cosas porque la burguesía argentina no invierte y como clase no ha demostrado tener una clara vocación empresaria, pero para el tamaño de nuestra economía hay ya instaladas un número importante de máquinas herramientas de control numérico, estimaciones privadas hablan de 800 a 1000 MHCN, y un número no determinado de robots, instalados o en prueba, entre 20 y 90 según la definición de robot industrial que se utilice, todos en la industria automotriz y el 95% de ellos en firmas multinacionales*.⁹ Que en lo inmediato, al menos, no crean nuevos puestos de trabajo sino que limitan las posibilidades de creación de empleos.

Vale la pena destacar que un número importante de empresas grandes y medianas que están exportando se encuentran hoy con una capacidad instalada capaz de duplicar o triplicar su producción manteniendo la planta de personal de dos o tres años atrás.

Las nuevas tecnologías, basadas en el uso intensivo de la microelectrónica, agregan a la racionalización de los sistemas de producción cambios importantes en los procesos de trabajo, abarcando tanto a la industria como a los servicios, modificando oficios y calificaciones; ritmos e intensidades del trabajo, los riesgos para la salud; la movilidad en los puestos, etc.

Es que la tecnología no es neutra, expresa siempre una determinada relación de poder y constituye una opción predeterminada en términos sociales. El cambio tecnológico se revela así como una necesidad del capital, en un período de aguda crisis, de apropiarse del oficio y el conocimiento obrero (la expropiación del saber obrero) y de retomar el control patronal más pleno del proceso de trabajo (restableciendo su derecho de mando).

La flexibilidad del trabajo, como arquetipo de la modernización en las fá-

* No obstante, estudios empresarios muestran una tendencia favorable a la incorporación en ramas como: la textil; siderurgia; alimentación; farmacéutica y montaje electrónico.

bricas, no es más que la reducción de los costos laborales por vías de modificar las normas de trabajo, que sintetizan conquistas acumuladas durante décadas, para adecuar la productividad a las exigencias de la valorización internacional. Significa la eliminación de la rigidez laboral, “el derecho de la empresa a decirle a los trabajadores qué hacer, dónde hacerlo y a qué ritmo...”¹⁰

La flexibilidad como tendencia mundial tiene su origen en la internacionalización de los ritmos de producción y en la modificación de los procesos de trabajo por la difusión masiva de las nuevas tecnologías. En nuestro país esto está fuertemente impulsado por las transnacionales y las empresas de capital local más avanzadas y ligadas al mercado mundial e implica una fuerte modificación del sistema de relaciones laborales vigente (SRT) adecuando el “insumo” mano de obra a las variables condiciones del mercado y de las empresas.

Impone la movilidad laboral en los aspectos funcionales, geográficos y horarios, incorporando la negociación flexible en el nivel de las empresas, atacando el sistema de convenciones colectivas, privilegiando el trabajo temporario, y desregulando la actividad en el sector público. Implica también reducir el papel del Estado en beneficio de la negociación entre las partes modificando todo el marco jurídico-normativo, desregulando el mercado de trabajo.

d) Precariedad del trabajo obrero:

Los diferentes aspectos señalados en los puntos anteriores van acompañados de cambios en las estrategias empresariales. Hay una tendencia creciente a:

1) La descentralización integrada de los circuitos de producción, con la subcontratación de partes a empresas pequeñas, con lo que se reduce el tamaño medio de los establecimientos y se agudiza la desconcentración obrera.

2) La relocalización geográfica con la implantación de plantas y secciones fabriles en lugares nuevos y sin tradición sindical. Los regímenes de promoción industrial* han sido el mecanismo local que ha vehiculizado en parte estos cambios dando lugar a la llamada “industria sobre ruedas”. Como en Tierra del Fuego, simples armaduras de partes importadas que duran

* Esta legislación fue parcialmente modificada por el Parlamento Nacional en 1988 y a partir de octubre del corriente año el subsidio estatal será reducido al 50 % hasta marzo de 1990.

Cuadro 1**Evolución de la Participación de los Asalariados
en el Ingreso Nacional**

AÑO	%
1984	36.7
1985	32.8
1986	32.9
1987	30.1
1988	29.6
1989	18.0 (estimado a setiembre)
	22.0 (estimado como promedio final para el año)

Fuente: FIDE: Coyuntura y Desarrollo N° 130, Junio 1989

Cuadro 2**Evolución del Salario Real
(categorías seleccionadas - Dic. '83=100)**

AÑO	Industria Manufacturera	Adm. Pública (cat. 16)	Empresas del ESTADO
1984	112.4	91.9	97.9
1985	90.3	71.1	86.5
1986	92.2	67.1	92.9
1987	86.7	66.3	86.9
1988	82.5	70.4	81.6
1989 *	82.1	67.7	85.2

* promedio seis primeros meses

Fuente: Fiel, Indicadores de Coyuntura, agosto 1989

Cuadro 3**Desocupación - Subocupación (Capital Federal y Gran Bs. As.)
% de la fuerza laboral en abril de cada año**

AÑO	Desocupado	Subocupado	Desoc.+Sub.	Tasa de crecimiento
1984	4.1	4.5	8.6	-
1985	5.7	5.5	11.2	30.2
1986	4.8	6.4	11.2	
1987	5.4	8.0	13.4	19.6
1988	6.3	7.7	14.0	4.5
1989	7.7	8.3	16.0	14.3

Fuente: INDEC

mientras dura la prebenda impositiva, con lo que los obreros locales se convierten en aliados de las multinacionales para exigir la renovación del régimen de excepción; o los parques industriales de La Rioja, San Luis y otros donde en algunos casos se instalan plantas al sólo efecto de la evasión del IVA; o en zonas industriales tradicionales donde frente al aumento de la conflictividad las patronales amenazan con trasladar las fábricas a provincias promocionadas, donde la falta de cultura fabril garantiza la disciplina social.

3) La recurrencia permanente a la extensión de la jornada laboral mediante el arbitrio de las horas extras*¹¹ y la contratación por agencias de empleo, en muchas empresas líderes el personal en esta situación promedia el 50%,¹² con lo que se incrementa el grado de alienación del trabajo y se produce una disociación en la relación de dominación pues uno es el patrón para el que se trabaja, quien se apropia del plusvalor, y otro es quien paga el salario.

4) La explosión de la economía informal, no registrada, en realidad clandestina, que evade impuestos y no aporta cargas sociales, ha dado lugar al surgimiento de una ancha franja de empleo de muy bajos salarios y escasa o nula protección legal (se estima que el 25% de los asalariados del Gran Bs.As. se encuentra trabajando en situación de empleo ilegal, siendo su salario inferior en más de un 50% del ingreso medio de los asalariados de la misma zona).

El crecimiento del despotismo fabril, con los despidos arbitrarios; desconocimiento de delegados y Comisiones Internas; y el aumento de los riesgos del trabajo, tanto por enfermedades profesionales como por accidentes derivados de la imposición de mayores ritmos y exigencias de producción, o porque las patronales muestran menor interés en invertir en seguridad industrial.

Toda esta precariedad del trabajo se expresa en una degradación progresiva de la calidad de vida de la familia obrera y un agravamiento de las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo.

e) Estas acciones del Capital, llevadas adelante no sin conflictos y contradicciones en la esfera de la producción y circulación de mercancías y servicios, son reforzadas por el Estado en la esfera de la dominación y la coerción social con los cambios en el rol del Estado y en la forma de gestionar la administración de la sociedad, con claros límites a la acción regula-

* 20 a 22 horas adicionales al mes cuando la media normal era de 10 horas. Claro que esto no es uniforme en todas las ramas industriales.

dora; también en la manera de arbitrar la confrontación entre las clases, con la imposición de nuevas relaciones jurídicas.

La desregulación estatal y el intento de reforma laboral profunda, parcializada luego por el acuerdo con la burocracia sindical, pero siempre latente, implican dejar librado el empleo y las condiciones de trabajo al libre juego de las fuerzas del mercado.¹³

LA REORGANIZACION DE LOS TRABAJADORES

Los trabajadores argentinos no resultaron un sujeto pasivo de esta reestructuración capitalista. Por el contrario se constituyeron en un sujeto activo que en su reorganización como movimiento social desplegaron su accionar en un doble sentido. Por un lado en la reconstitución de sus organismos naturales, las comisiones internas, los cuerpos de delegados, las mesas de representantes, los comités en lucha; y en la recuperación de los distintos niveles de dirección en que articula la estructura sindical (nacional, seccional, regional). Por otro lado, en la resistencia a la ofensiva del capital, que es la forma en que se expresó la reestructuración en el plano de las relaciones sociales.

Esta doble orientación de sus luchas, la recuperación de las formas institucionales de organización y el enfrentamiento a la modernización impuesta desde arriba por el Estado, se expresó unívocamente también en un doble aspecto: el combate antipatronal y antiburocrático y de enfrentamiento al Gobierno, y la búsqueda de los términos de su unidad social que viabilizaran este combate.

Dos cuestiones merecen destacarse en estos años: la emergencia de la pluralidad política, producto de que el peronismo siendo aún ampliamente mayoritario ya no es más hegemónico; y la profundidad y extensión de la conflictividad social del período que analizamos.

Las Listas Pluralistas

El ingreso en la institucionalidad democrática y la revalorización de las representaciones sociales y políticas hizo aflorar un numeroso activismo sindical, independiente muchas veces, organizado partidariamente otras, que se había ido gestando en los duros años de la dictadura y que cargado de ilusiones y esperanzas debaja atrás un pasado de horror e impotencia, que buscaba el camino de su unidad de clase y la articulación de formas de or-

ganización capaces de abarcar las distintas expresiones políticas de su militancia gremial.

La reorganización sindical promovida por el gobierno radical, que se plasmó en las elecciones sindicales de los años 84/85,¹⁴ fue el contexto en el cual se expresó esta realidad posdictatorial con la presencia de listas opositoras a la burocracia sindical tradicional en una magnitud nunca antes conocida.

La memoria histórica de los trabajadores se expresó puntualmente en la recuperación de sus viejos baluartes del combate antipatronal y antiburocrático, en la reposición en sus cargos de dirigentes destituídos por la arbitrariedad del anterior gobierno peronista o por las intervenciones de la dictadura militar. Esta profundidad del movimiento social se mostró también ampliamente poco tiempo después en el nivel de las comisiones internas y los cuerpos de delegados. En todos los casos y más allá del resultado electoral las listas pluralistas se constituyeron en un referente ineludible para el futuro inmediato.

Un denominador común englobaba a todas ellas: la vocación democrática; el respeto a las decisiones colectivas; la defensa de los derechos humanos; la recuperación de los espacios de libertad perdidos en la producción y en la vida social. Es este hilo conductor, abarcador de un abanico de esperanzas y carencias colectivo, el que mostró una nueva síntesis de unidad social: *el pluralismo político en el plano gremial**

Sin embargo éste no resultó un valor homogéneo, susceptible de ser precisado con exactitud. Por el contrario resultó una categoría que en su unidad contenía una diversidad. Coexistieron variados pluralismos según la composición interna y como se resolviera la cuestión de la hegemonía. Así afloraron listas que aglutinaban a una diversidad de tendencias y expresiones políticas en torno a liderazgos personales (SGA, gráficos); o que eran expresión de una coordinadora de agrupaciones (APBA, prensa); o que surgían de una sola agrupación que contenía en sí misma la diversidad de tendencias (ANUSATE, estatales); o que se articulaban en una suerte de frente en torno a la capacidad convocante de dirigentes independientes (UOM, Villa Constitución); o bien conformaban un conglomerado exclusivamente delimitado por el enfrentamiento a la burocracia (Metalúrgicos, Matanza; Municipales, Capital).

Las alianzas que se expresaron en su interior así como las hegemonías re-

* He desarrollado ampliamente este tema en mi artículo: "La crisis de las listas pluralistas y la unidad social de los trabajadores", mimeo, Bs. As. 1986

sultantes fueron también de lo más variadas: en algunos casos fueron listas hegemonizadas por el sector más progresista de “los 25” (ATE); en otros aún con esta misma hegemonía contenían una fuerte presencia de la izquierda más contestataria (ATSA, Capital); en otras ésta fue expresamente excluida, o bien se autoexcluyó, finalmente en muchas de ellas hubo presencia de trabajadores radicales y también de burócratas desplazados.

En todos los casos es posible identificar el punto de convergencia que unificaba la necesidad del momento: aislar a la fracción más recalcitrante de la burocracia sindical peronista. Esta breve caracterización permite identificar uno de los rasgos centrales de la experiencia: *su heterogeneidad y su falta de homogeneidad interna*.

Este doble condicionamiento fue definiendo con el correr del tiempo los límites de este pluralismo, que frente a una única realidad elaboró distintas lecturas, y por lo tanto diferentes cursos de acción práctica, muchas veces en función de necesidades partidarias —cuando no de luchas fraccionales internas— que hicieron alumbrar propuestas que muchas veces poco y nada tenían que ver con las necesidades concretas y los intereses objetivos de los trabajadores.

Las diferencias internas en el peronismo, producto de su propia crisis; la aparición de tendencias radicales pequeñas pero dispuestas a todo tipo de transacción con tal de lograr espacios; la agudización de la pérdida de identidad intransigente; el fortalecimiento de un polo de izquierda aún con sus contradicciones, su propia crisis, su infantilismo e insuficiencias, resultaron todas manifestaciones que tensaron las relaciones al interior de las listas pluralistas que en muchos casos llegaron a neutralizar su accionar, tal vez los casos de prensa y sanidad de Capital resulten los ejemplos más nítidos de esta situación.

Sin embargo estos aspectos confluentes no eran más que la superficie del problema. Porque en realidad era la perspectiva de la crisis del capitalismo en la Argentina, las dificultades para aprehenderla en su real dimensión, la impotencia para generar una propuesta alternativa, abarcadora del conjunto de tendencias y fracciones políticas, lo que de verdad subyacía y finalmente fue la causante de la crisis del pluralismo.

Es que al compás de la crisis nacional la situación fue cambiando, el punto de no retorno que significó para el Gobierno y el conjunto de los partidos burgueses, el lanzamiento del Plan Austral no permitía ya el sostenimiento de situaciones indefinidas. No alcanzaba ya en el terreno sindical con a-

grupar fuerzas para “aislar a las 62” o tener una política consecuente en materia de derechos humanos o la deuda externa, éstos, siendo puntos necesarios, resultaban insuficientes.

Los problemas que se planteaban, y que siguen vigentes, tenían que ver con cómo hacer frente a la crisis y cómo generar un debate en el seno de los trabajadores que partiendo de una revalorización democrática y el replanteo de las formas políticas, aportara a la definición de una alternativa propia para ofrecer al conjunto de la sociedad.

Así el proceso de fragmentación del pluralismo fue recibiendo el impacto de los realineamientos de fuerzas que se operaban en la superestructura política. Estos desplazamientos presionaron en el plano sindical donde lentamente se fue operando un realineamiento de fuerzas que aglutinó por un lado a renovadores, militantes del partido intransigente, socialistas democráticos e independientes, y por el otro comenzó a agrupar a comunistas, socialistas del MAS, peronistas de izquierda y socialistas independientes. Este no es un proceso cristalizado, por el contrario en muchos casos las diferencias en el seno de la izquierda trabaron la posibilidad de acuerdos permanentes, y en su desarrollo fue, lo sigue aún, depurando posiciones que se expresaron en la reconstitución de un pluralismo amplio y democrático en algunos casos, y de izquierda más definido en otros.

Esta nueva realidad se mostró con toda intensidad en la nueva ronda de elecciones sindicales iniciada a finales de 1986 y continuada hasta mediados de 1989.¹⁵

Tanto la nueva legislación sindical, sancionada con el acuerdo de radicales y peronistas, como el triunfo del menemismo en las internas del peronismo fortalecieron a la burocracia sindical tradicional (ortodoxa o renovadora), pero particularmente al poder sindical real, el “Grupo de los 15”.

En casi todos los casos triunfaron las listas impulsadas por la burocracia, garantizando la permanencia en las direcciones por cuatro años más, no sólo convalidando a las viejas conducciones sino haciendo retroceder electoralmente a la oposición antiburocrática. Sin embargo el proceso de construir una dirección de alternativa no se detuvo y numerosas listas de oposición continuaron presentándose en las elecciones sindicales.¹⁵

En ATE, (estatales), una dirección plural y democrática, totalmente hegemonizada por el peronismo renovador con participación de comunistas y socialistas independientes, retuvo el sindicato, sin embargo la Lista Naranja impulsada por el MAS obtuvo el 8% de los votos a nivel nacional y casi el 14% en la seccional Bs.As., la más importante del país. En el SGA.,

(gráficos) la ruptura de la lista que recuperara el sindicato en el '85 fue arrojando a la dirección histórica cada vez más a posiciones burocráticas y políticamente de derecha, también aquí una Lista Naranja orientada por el Partido Obrero con el apoyo de otras fuerzas de izquierda e independientes alcanzó el 25% de los votos. En la Unión Ferroviaria, el conjunto de las listas impulsadas por distintas vertientes de la izquierda obtuvo alrededor del 11% de los votos, llegando en algunas seccionales al 25%. En ATSA, capital una lista de izquierda definida, donde confluyen militantes del MAS, del PC, socialistas independientes y peronistas de izquierda logró recuperar el sindicato de la debacle anterior. En CTERA (docentes) la izquierda fue expulsada de la conducción pero mantiene una fuerte presencia en los sindicatos de base. En petroleros, la oposición de izquierda se amplía y va ganando espacios y en señaleros la presencia de la izquierda tiene peso tanto en la conducción nacional como en numerosas seccionales, etc.

En términos generales las listas naranjas oscilan en promedio en el 10% de los votos a nivel nacional, siendo su presencia mucho más fuerte en el nivel de las Comisiones Internas y los Cuerpos de Delegados.

Sin hacer de estos datos un contexto exitista y generalizado los mismos marcan una tendencia creciente y sostenida, que no alcanza a expresar de conjunto la realidad por la ausencia de una política unitaria de las fuerzas de izquierda y antiburocráticas, pero que se potencia por la presencia persistente de ésta en la vanguardia de los conflictos.

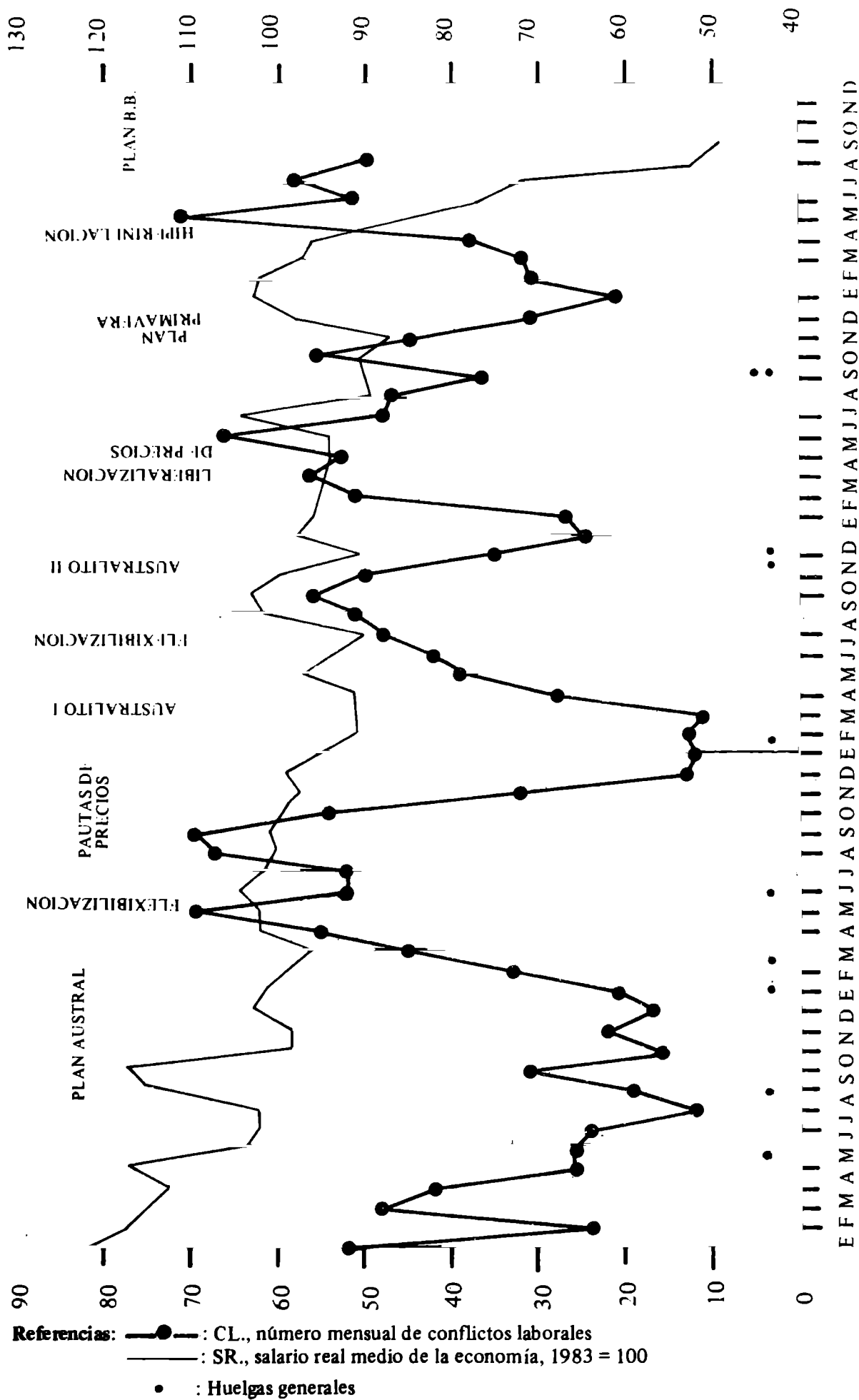
La conflictividad del período:

La evolución del número de conflictos en el período 1984-1989 (gráfico 1), muestra una tendencia creciente, en tanto que el comportamiento de la serie mensual de conflictos y su relación con la evolución de la producción industrial permitiría concluir que hay cierto grado de correlatividad con el nivel de la actividad económica, el comportamiento del mercado de trabajo y el impacto que éstos tienen en el nivel de salarios y en la ocupación.

Sin embargo la fuerte conflictividad social, que se muestra en la cantidad de trabajadores adheridos y en los días/hombres caídos (cuadro 4), difundida en todas las ramas económicas y por todo el país muestra una combinación de medidas defensivas y ofensivas que hablan de una problemática más profunda que se condensa en los paros generales convocados por la CGT.

La huelga general, esa formidable arma con que los trabajadores argentinos generación tras generación impusieron sus derechos y defendieron sus

Años: 1985/86/87/88/89



Evolución Mensual de los Conflictos Laborales y del Salario Real Medio de la Economía. 1985-1989

	1985		1986		1987		1988		1989	
	CL	SR	CL	SR	CL	SR	CL	SR	CL	SR
Enero	52	122.8	17	102.8	13	99.2	25	97.8	21	102.5
Febrero	24	117.3	21	101.6	12	94.8	27	96.0	31	102.1
Marzo	48	114.9	33	99.2	13	91.1	51	95.4	32	97.5
Abril	42	112.7	45	96.2	11	91.4	56	94.5	38	95.9
Mayo	26	117.2	55	102.2	28	91.3	53	94.3	71	86.7
Junio	26	104.3	69	102.3	39	96.5	66	94.3	52	76.8
Julio	24	102.5	52	104.4	42	93.6	48	104.5	58	72.5
Agosto	12	102.5	52	101.9	48	90.5	47	89.6	50	52.6
Setiembre	19	114.8	67	100.5	51	101.3	37	90.3		49.1
Octubre	31	117.1	69	101.0	56	103.5	55	90.6		
Noviembre	16	98.7	54	99.7	50	100.2	45	87.1		
Diciembre	22	98.7	32	97.9	35	90.7	31	97.7		

FUENTES:

CL: El Bimestre, CISEA. varios números

SR: Sec. de Acción Social, MS y AS

conquistas, fue demostrando en estos años que a pesar de los cambios ocurridos, de la desarticulación social, del desdibujamiento de su referente político, de su impotencia para forjar una dirección de alternativa a escala nacional, el movimiento de los trabajadores manuales e intelectuales es potencialmente capaz de expresarse en forma independiente y de pesar con fuerza propia en la política nacional.

Las direcciones burocráticas usufructuaron esta enorme vitalidad social para, una y otra vez, retomar el centro de la escena política y disputarle la iniciativa al gobierno radical, pero prisioneros de la lógica vandorista de "presionar para negociar" concluyeron recuperando espacios para cederlos rápidamente.

Pasó así con la formidable movilización obrera de mayo de 1985, que fue inmediatamente negociada entre otras cosas por la participación en la delegación a la Convención anual de la OIT, en Ginebra.; o con el vastísimo paro del 24 de enero de 1986 que por su alcance y extensión resultó una suerte de acto plebiscitario respecto de la política económica en curso, y que fue rápidamente desviado al callejón sin salida del "Congreso de la Unidad Nacional" (al que fueron invitados partidos como la UCD y el MID. y representaciones patronales como la UIA) y el "Programa de los 26 puntos" que salvo el 1ro. Moratoria de la deuda externa, no contemplaba avances en la cuestión económica ni en la democrática y por el contrario incluía aspectos que resultaban concesivos frente al gran capital.

A pesar de su indudable importancia y repercusión política la seguidilla de paros generales, pasivos algunos, con concentraciones y movilizaciones otros, no contiene un comportamiento homogéneo ni en las causas que los motivaron ni en el grado de adhesión alcanzado.

La evolución de la curva de conflictos y la ubicación temporal de los paros generales no guarda una estricta correlación. Así en momentos de alta conflictividad (como el año 1986) la CGT aparece centralizando los conflictos, en tanto que en períodos de baja (como en 1985) la CGT aparece alentándolos; en algunos casos éstos estuvieron directamente ligados a las demandas sociales de los trabajadores, en otros constituyeron un claro cuestionamiento a políticas gubernamentales y en otros jugó un papel determinante la disputa interburocrática al interior de la central obrera.

Sin embargo los paros lanzados por la central obrera si bien daban cuenta de la vitalidad del movimiento obrero no le daban salida concreta a las demandas sociales de los trabajadores, y muchas veces parecieron operar como una válvula de escape, que liberaba tensiones acumuladas y descompri-

mía la situación social. Así el nivel de adhesiones fue variando desde el primer paro en el período democrático (3/9/84) que cosechó adhesiones y rechazos con un acatamiento disciplinado entre los obreros industriales y relativo en el sector público y de servicios; o en el tercero que, convocado con la oposición de la mayoría de las direcciones sindicales, se constituyó en un claro enfrentamiento al Plan Austral con una adhesión total y una concentración multitudinaria que encumbró la figura de Saul Ubaldini como Secretario General de la CGT. y líder de la "protesta social", hasta los últimos que mostraron un nivel de adhesiones en disminución y una escasa concurrencia a las concentraciones. Como el del paro del 9/9/88 cuya decisión fue fuertemente cuestionada desde las bases, y que tuvo un relativo nivel de adhesiones y una concentración que superó escasamente las 15.000 personas. Sin embargo, ésta fue violentamente reprimida por el gobierno lo que hizo que 48 hs. después el décimo tercer paro general en repudio a la violencia oficial, resultara masivo y extendido por todo el país.

En este contexto general, como señala el investigador Héctor Palomino, *"...el clima social que generaron permite definirlo como algo más que puras reivindicaciones económicas, por más que éstas hubieran estado en la base de los reclamos. Fueron de hecho una toma de posición frente a la política económica del gobierno y de las políticas empresarias, una actitud ofensiva de los asalariados frente a sus interlocutores sociales y el Estado."*

16

Esto es, no se puede fijar la lectura solo en los aspectos meramente salariales a riesgo de perder la dimensión del movimiento huelguístico.

Es que relacionando la curva mensual de conflictos con la evolución del salario real (gráfico 1) se verifica el efecto combinado de la caída estructural de los salarios y la espiral inflacionaria como mecanismo de realimentación permanente de los conflictos, ya que todos los acuerdos tienen un alto grado de provisoriedad. Sin embargo los registros oficiales del origen de los conflictos señalan que el 60% lo fue por demandas salariales; pero el 13% lo fue por despidos y suspensiones; el 17% por condiciones de trabajo, y el resto se distribuye en incumplimientos patronales; atrasos en los pagos; cierre de establecimientos; traslados de empresas a zonas promocionadas, etc. (cuadro 5).

El desagregado de los datos permite conocer otros aspectos vinculados a los cambios estructurales. Por un lado la alta participación de los asalariados del sector terciario (bancarios, judiciales, docentes, empleados de ministerios y municipalidades), lo que pone en evidencia que la terciarización

temprana de la economía ya insinuada en la década de los '60 se expandió ampliamente, creciendo a tasas mayores que la de las actividades productivas. En la actualidad más del 65% de los trabajadores urbanos son terciarios superando a los de la industria y de la construcción.¹⁶

Por el otro, el protagonismo de los trabajadores del sector público, más del 50% de los conflictos del período, lo que muestra no sólo que uno de los ejes de la reestructuración capitalista es el Estado sino también la fuerte expansión operada en el empleo estatal entre 1960 y 1985, que creció el 155%, con una fuerte incidencia de los empleos provinciales y municipales (cuadro 6) ligado a la crisis de las economías regionales contribuyó a la distribución espacial de los conflictos, al mismo tiempo que señala la falta de coordinación de los mismos y el escaso papel que juegan las burocracias regionales.

Finalmente otros aspectos que merecen destacarse. La extensión de los conflictos que en el caso de los docentes de la Provincia de Mendoza se prolongó por 52 días, o el de los empleados de correos de la Provincia de Chubut y los obreros de la represa Yaciretá, más de un centenar de días, o los casi tres meses de la huelga de los trabajadores de los Hospitales Nacionales, o el conflicto de varios meses de los docentes universitarios.

La variedad de las medidas de fuerza empleadas que van desde el simple reclamo o petitorio, el paro parcial o total, hasta las tomas de fábricas y las movilizaciones callejeras, siendo que la mayoría de estas acciones fueron decididas en asambleas de establecimientos o por sindicatos o seccionales locales, sin la participación, y muchas veces, en contra de las direcciones nacionales, o regionales, lo que da una idea del desborde social de los conflictos y las dificultades crecientes de las direcciones sindicales tradicionales para encauzarlos y orientarlos hacia la negociación y la mediación estatal.

Esta resistencia de los trabajadores diseminada en infinidad de conflictos y expresada en múltiples formas de lucha, tuvo a lo largo de los seis años momentos constitutivos. Como en la huelga de la Ford. (1985) donde los obreros mecánicos defendiendo su fuente de trabajo concluyeron impugnando el principio sacrosanto de la propiedad privada y desatando una oleada de tomas de fábricas y establecimientos¹⁷; o la huelga de los Hospitales Nacionales donde la horizontalidad de las decisiones y el estado asambleario presidieron todo el conflicto y al mismo tiempo hechó luz sobre la crisis del sistema de salud pública nacional; o el paro por tiempo indeterminado de los obreros metalúrgicos de la seccional Río Grande (Tierra del Fue-

Cuadro 4**Cantidad de trabajadores Adheridos y días/hombres caídos**

	1987	1988	1989 *
Trabajadores Adheridos	5.464.166	3.075.971	743.284
% sector público	49.7	80.0	s/d
Días/hombre caídos	10.428.095	7.876.899	573.178
% sector público	60.6	80.0	s/d

* 5 meses de 1989, a partir de agosto de 1988 el MT y SS cambió la metodología solo revista conflictos nacionales, por lo tanto los valores son anteriores.

Fuente: MT y SS - DNRH y E

Cuadro 5**Causas de los conflictos**

	1987	1988	1989 *
por salarios	57%	56%	65%
por suspensiones y despidos	15%	15%	8%
por condiciones de trabajo	18%	19%	13%

* 5 meses de 1989

Fuente: Elaboración propia en base a datos del MT y SS - DNRH y E

Cuadro 6**Volumen del Empleo en el Sector Público**

	(en miles)		
	1960	1980	1985
Adm. Pública Nacional	507	495	539
Empresas y Bancos	440	325	354
Provincias	315	648	753
Municipios	125	1692	1899
	1387	3160	3545

Fuente: MT y SS - DNRH y E - Informe 7

go) (1988), o la huelga de los docentes de todo el país (1987), que se instaló en toda la sociedad y cuyo grado de solidaridad y politización resultaron inéditos, que expuso públicamente las falencias del sistema educativo y culminó con el reconocimiento de la CTERA como organismo nacional.

Estos mojones van señalando, más allá de los hechos puntuales, un lento proceso de maduración colectiva que con su práctica asamblearia, la participación masiva, la consulta a las bases, la politización creciente apuntan a una nueva forma del protagonismo social y de intervención en la crisis nacional.

A modo de conclusión:

¡E pur si muove! Esta frase que en voz baja mascullara Galileo Galilei como forma de resistencia a la inquisición de su época, puede tal vez superar el debate inconcluso que señalaríamos al inicio de estas notas.

Un movimiento obrero sacudido por la crisis, diezmado en su vanguardia por la represión de la dictadura y la desocupación creciente, acosado por la reestructuración capitalista. Que en la búsqueda de los caminos de su reorganización debe enfrentar la alianza de la burocracia y el Estado, que prisionero de una conciencia nacionalista anclada aún en el pasado —que ya no encuentra las bases materiales para volver a hacerse realidad— no alcanza a darse una dirección de alternativa ni un programa propio frente a la crisis... ¡y sin embargo se mueve!

La reestructuración del capital impulsó en todos estos años un fuerte proceso expropiatorio de las condiciones materiales de existencia imponiéndole nuevas condiciones de vida a la clase obrera, que en su reorganización como movimiento social se fue estructurando, y desplegando su accionar a partir del reconocimiento de estos cambios. En la resistencia a la modernización salvaje y en la búsqueda de plasmar políticamente su unidad social.

Este es el contenido más general de todo lo ocurrido en estos seis años.

Así la vitalidad de los trabajadores se vió realimentada por los propios cambios del sistema. Estos, en el marco de la lógica de la economía política del capital, resuelven algunos problemas pero generan nuevas contradicciones que surgen del desfase entre la base material y el marco socio-institucional que no muestra la misma dinámica.

La redistribución espacial de la industria debilitó los viejos baluartes obreros pero llevó las relaciones asalariadas a regiones no tradicionales donde surgieron conducciones locales que no siempre respondieron a las buro-

cracias centrales. La expansión del empleo público provincial y municipal junto con la debacle de las economías provinciales fueron creando focos de conflicto casi permanentes en todo el interior del país. La quiebra de los convenios colectivos y la pérdida de homogeneidad interna desdibujaron el rol de los sindicatos como negociadores colectivos pero pusieron el acento en las relaciones de las Comisiones Internas y las patronales individuales, en tanto que la nueva Ley de Asociaciones Profesionales supone nuevamente una fuerte centralización del poder sindical lo que hace que todo conflicto que no se resuelve en el lugar de origen presente serias dificultades para que las direcciones nacionales lo centralicen y lo encaucen por la vía de la negociación. Esto lleva a que el conflicto antipatronal pueda difundirse rápidamente en términos antiburocráticos.

De esta forma las razones de la conflictividad social, fuertemente impulsadas por reivindicaciones salariales y económicas en general, comenzaron a trascender rápidamente estos niveles, en un proceso de transformación de las demandas que está en la base misma del ascenso de las luchas obreras de todo el período, que fueron acompañadas por una crisis de las estructuras sindicales para adaptarse a las condiciones que impone el capital, que socavaba los determinantes del poder sindical, pero también hay una continuidad de la crisis abierta en 1975, y que ahora resulta agudizada por la falta de espacios para una política de concesiones y reformas.

Sin embargo el movimiento de los trabajadores no alcanzó a superar la dinámica de las bases. Solo constituyó un despliegue de erupciones aisladas, casi desconectadas entre sí, que no alcanzó a trascender los marcos de sus estructuras sindicales, o más aún los límites de las fábricas o establecimientos. *La clase no encontró todavía la forma de forjar estructuras organizativas alternativas, como lo fueron por ejemplo las Coordinadoras del 75.*

Tal vez el ejemplo más dramático de estas carencias se da en el sector público, donde a pesar de la enorme conflictividad desplegada se registran pocas experiencias de coordinación. No solo en el nivel nacional sino que tampoco en el regional. Los asalariados de las empresas del Estado afectados todos en mayor o menor medida por una política presupuestaria restrictiva que deteriora fuertemente los servicios y posibilidades de desarrollo, y que son el centro de las privatizaciones enajenadoras del patrimonio social acumulado, que ponen en serio riesgo la continuidad laboral, se mostraron impotentes para pelear de conjunto. Menos aún fue posible establecer relaciones entre los trabajadores del sector público y el privado. Solo las huelgas generales convocadas por la CGT. fueron capaces de unificar los reclamos. Es

que los canales para la generalización de los conflictos y la extensión de la red de solidaridades permanecen aún en manos de la burocracia sindical.

Por otra parte este período no registra ningún triunfo que por su envergadura pudiera difundirse al conjunto del movimiento y potenciarlo, y aún cuando las luchas tienden a politizarse en el enfrentamiento con el gobierno y el Estado no alcanzaron a desenvolver contenidos anticapitalistas, salvo casos aislados como en la ocupación de Ford, donde objetivamente se cuestionó a la propiedad privada y se gestionó la producción bajo control obrero.

La situación es entonces contradictoria. El contenido político de la reestructuración en curso busca encerrar a los trabajadores en sus fábricas y lugares de trabajo, despolitizando al conjunto de sus reivindicaciones, pero las contradicciones del sistema no dejan cerrar el círculo. *Las luchas no tienen salida sino sobre la base de una politización creciente, pero son los límites del propio movimiento los que traban su evolución.*

Estos límites tienen que ver con la crisis de dirección ya señalada, pero también con la falta de un debate al interior de los trabajadores acerca de un programa alternativo para enfrentar la crisis. Una propuesta político-democrática que contemple las grandes cuestiones nacionales pero también las demandas sociales concretas que surgen de la reestructuración capitalista, que impulse la cuestión democrática y el pleno ejercicio de las libertades ciudadanas y busque democratizar el conjunto de las estructuras sindicales.

En las condiciones abiertas a partir del 14 de mayo de este año, donde la lógica implacable de la política económica inaugurada en 1976 es ahora piloteada por un gobierno votado mayoritariamente por los trabajadores y cuyo curso va a contrapelo de la cultura histórica del peronismo, la posibilidad de una crisis de legitimación política está latente, así como una fuerte ruptura entre la dirección burguesa-burocrática y la base obrera y popular.

Sin embargo en la ponderación de los escenarios futuros es necesario ser criteriosos. No quedarse aferrados a la derrota de 1976, pero no recaer en la política de los 60 y 70 donde se confundía combatividad con conciencia. Menos aún, trasladar mecánicamente la incipiente representatividad social de la izquierda al plano político.

La maduración colectiva configura un proceso casi molecular, que tiene sus tiempos y sus propios ritmos, aunque la historia también nos enseña que son las grandes crisis las que promueven los saltos cualitativos en la conciencia.

En el período que hemos intentado analizar el movimiento de los traba-

jadores manuales e intelectuales de nuestro país, dio muestras una vez más, como tantas otras veces en su historia más que centenaria, que sin más propiedad que su cabeza, sus brazos y su corazón fue capaz de hacer sentir su presencia en la escena política nacional. Los tiempos que se aproximan y las difíciles condiciones impuestas por el capital dirán si es capaz de transgredir sus propios límites y abrir un cauce esperanzado diferente de la moderna mediocridad actual.

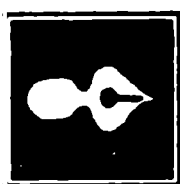
Buenos Aires, septiembre 1989.

NOTAS

- ¹ Holloway, John, La Rosa Roja de Nissan, Cuadernos del Sur N° 7, Bs.As. 1988.
- ² Palomino, Héctor, Cambios ocupacionales y sociales en Argentina, 1974-1985, CISEA, Bs.As. 1988.
- ³ Dorfman, Adolfo, Cambios en la industria argentina, Realidad Económica N° 80, Bs. As. 1988.
- ⁴ Varios autores, Economía no registrada, INDEC, Serie Estudios N° 9, Bs. As. 1987.
- ⁵ Lozano, Claudio, Página 12, 4 de septiembre de 1989.
- ⁶ La estructura relativa de los salarios - 1977/1989. MTySS. DRHyE - Documentos N° 19
- ⁷ FIDE-Coyuntura y Desarrollo, N° 131, julio 1989.
- ⁸ Serie Estudios de FIEL.
- ⁹ Varios autores, Robótica Industrial, presentado en el Seminario de la SECyT. Chudnosky, Daniel, La difusión de la tecnología de punta en Argentina: el caso de las MHCN y los Robots, Desarrollo Económico N° 96, Enero-Marzo 1985.
- ¹⁰ Holloway, J. op. cit.
- ¹¹ ver Novick, Marta y otros, La jornada extraordinaria de labor en América Latina, CEIL-OIT, Bs. As. 1987.
- ¹² En la industria metalúrgica se estima que el 30% del personal de planta se encuentra bajo contrato temporario. En Capital Federal y el Gran Bs. As. hay unas 180 Agencias de Empleo registradas, y se calcula otras tantas clandestinas.
- ¹³ ver Lucita, Eduardo, La reforma laboral, o la imposición de nuevas relaciones jurídicas entre las clases, Cuadernos del Sur N° 5, Bs. As. 1985.
- ¹⁴ Un estudio detallado de estas elecciones he realizado en Elecciones Sindicales y autoorganización obrera. Cuadernos del Sur N° 3, Bs. As. 1985.
Pueden consultarse también: Gaudio, R. y Domeniconi, H. Elecciones sindicales, continuidad y cambio de la dirigencia sindical, mimeo, 1986; Palomino, H. El movimiento de democratización sindical, en Los nuevos Movimientos sociales, tomo II, CEAL, Bs.As. 1986.
- ¹⁵ El Centro de Estudios "Unión para la Nueva Mayoría", sostiene que en los últimos 22 meses se realizaron 47 elecciones para renovar autoridades, 20 a nivel nacional y 27 en sindicatos locales. El peronismo ortodoxo triunfó en 14 (29,8%), los renovadores en 16 (34%), la izquierda a través de diferentes frentes y alianzas en 11 (23,4%), las 6 restantes

(12,8%) pueden considerarse independientes..." En momentos de redactar este artículo sólo faltan concretar elecciones como gremios importantes, en FOETRA-Capital y en la UOCRA, a nivel nacional y seccionales.

- ¹⁶ Palomino, Héctor, Los conflictos laborales bajo el gobierno constitucional (1986/1987), Fund. F. Ebert, Bs.As. 1988.
- ¹⁷ En el mes de Julio de 1985 fueron ocupadas entre otras las plantas de: la textil marplatense Tejidos Universal; la metalúrgica Volcán en Capital Federal; la cementera Minetti en Mendoza; los Bancos Juncal e Italia y Río de la Plata y el obrador de la electrificación del F.C. Roca, en Capital y la Bodega Luchessi en Córdoba.



aguafuerte

Revista de Ciencias Sociales
Editada por Alumnos, Docentes
y Graduados de las Facultades
de Filosofía y Letras
y Ciencias Sociales de la UBA

3

democracia:
fragmentos de
una ilusión

Escriben: LUCITA-MAKARZ-GENTILI
MANGONE-SUAREZ-ECKHARDT-BONNET
LORENZO-SANSUBRINO-DUJOVNEY-
SEOANE y otros

Reportajes exclusivos
M. GODELIER y D. COHN BENDIT

NOTA ESPECIAL
PERRY ANDERSON

- Auspicia C E F Y L -